

ENTRADAS AGOTADAS

Era el infierno.

Una horda de demonios se agolpaba en la venta de entradas del estadio del diablo.

Bajo el portal gigantesco, las sombras dominaban el entorno.

Quejidos e insultos brotaban de todas las bocas.

Retrocedí asustado, como si un siglo de convivencia en el averno no me hubiese causado la más mínima costumbre.

Es difícil tratar con los diablos.

Sus pésimas maneras son capaces de hacer infeliz a cualquiera.

Esos cuerpos flacos y flácidos de un color negro mate, como de tinta china. Esa sonrisa sarcástica, ese vivir sin ver. Ese escupir con la mirada, sin embargo...

Me empujaron afuera cuando me vieron titubear.

Más arriba, muchas aves oscuras sobrevolaban el techo sombrío de metal tóxico.

- Y dicen que es azufre - me dije, riendo sarcástica, frenéticamente, como un enfermo - Y dicen que es azufre...

Un recuerdo de la tierra me atacó en ese momento.

- Tumbaga - recordé-, Tumbaga, aleación japonesa: xxxx% estaño, %%%plomo, &&&&%cobre, plata, etc. Aleación morada. - El techo del infierno era lo más parecido a la aleación Tumbaga.

Vomité, ya lejos de la taquilla, y millares de voces rugieron de entusiasmo, como si hubiese empezado el partido y éste se encontrase en su apogeo.

Alguien me empujó, fuertemente, y caí de bruces, pero pude levantarme inmediatamente.

Cuando me paro del piso, cuando hago este tipo de movimientos, puedo tener una imagen fugaz de mi cuerpo, que se ha ido desdibujando, se ha ido poniendo como el de ellos.

Se me ponen los pelos de puntas y tiemblo, al recordar esto.

Ellos me están viendo, me miran con recelo, con furia, con resentimiento.

Sus brazos son delgados como palos de escobas. Sus pechos no tienen sustento.

Se tropiezan, tratan de entrar al espectáculo, aunque saben que nada van a lograr, que no son candidatos para el éxito.

Los motiva realmente la maldición, y es maldición lo que están haciendo.

¡Oh, Dios! ¡Sácame de aquí!

Han rugido de nuevo. Gigantescos altavoces salieron hoy, ayer, antes de ayer, no sé por dónde (por el techo, quizás) ni cuándo, pues aquí resulta difícil medir el tiempo... anunciando la venta de las entradas...

- ¡Es hoy es hoy!-. Decía la voz, no lo puedo recordar muy bien.

Veinte mil infelices como yo tendrían la oportunidad de ver la luz.

Y por eso rugieron, rugieron mucho, como nunca antes.

Hasta podría decirse que se rieron, ¡pero yo sé que no!

A veces digo risa, pero ellos no la tienen.

Esta es la segunda etapa de comprensión.

Más bien se están revolcando, sufren y hacen daño.

Mientras más sufren más se revuelcan, y es lógico, como en la tierra.

He vomitado otra vez contra el cielo morado, no hay descanso.

Es verdad, es cierto, yo logré ver uno de los boletos de entrada, como a un metro de mis narices, los tenían ellos, los usurparon, se los comieron.

Veinte mil infelices como yo tendrían la oportunidad de ver la luz, allá adentro, en el estadio, pero yo no estaría entre ellos...

El espectáculo consistía en muerte, en un arsenal apilado, y tampoco había esperanza.

Algunos privilegiados lograrían marcharse. Pero en el estadio no había gradas, ni arena, ni espacio para la acción.

Una gran pila de huesos, y desesperación, desolación.

Los protagonistas eran ellos mismos.

Afuera del recinto todo era igual que adentro.

TRÁNSITO HACIA LA TIERRA

La clemencia suele ser así, impredecible. A veces no nos da tiempo ni de dimensionar lo que sucede, de darnos cuenta de que debemos quedar agradecidos.

Un instante era una realidad y otro era otra, porque una luz dorada me sacó del infierno y me transportó por lo más parecido al firmamento, porque sería pretencioso decir que fuera el cielo.

Tomé, dos, tres minutos para respirar, después no tenía cuerpo. En realidad, casi no había tenido.

El sufrimiento llevado a su máxima expresión no necesita un cuerpo, sino intrincadas fórmulas, Aquellas que los demonios están constantemente concibiendo.

Expresé agradecimiento y se me contestó, pero no sé quién me llevaba, ni hacia dónde, ni cómo.

Y conforme iba saliendo de una realidad la iba olvidando...ya no me acordaba del infierno. Porque el ser humano es así, se desplaza y al desplazarse se va olvidando y vive lo que percibe.

Resultaba casi injusto el olvidarse de todo aquél sufrimiento.

¿Para qué recordarlo? ¿Para dar testimonio del infierno? desde un punto de vista estrictamente lógico, era innecesario.

¿Necesitaba recordarlo para culpar a alguien?, en lo absoluto, no había modo de culpar a nadie por haber estado en él. ¿Cabría denunciar a los demonios?, en absoluto.

El infierno está allí en su sitio, por alguna razón, y yo me inclino a creer que no es para purgar culpas, y aunque en él ciertamente se padezca un castigo, no es el mismo castigo que estamos acostumbrados a vivir en la tierra, y en absoluto creo que se trate de un castigo que pueda merecer persona alguna.

Todos los recuerdos del infierno se borraron de mi mente...lo que escribí es apenas un esbozo...de modo que ya podrán imaginarse lo verdaderamente terrible que es el lugar.

Poco a poco fui tomando consciencia de dónde estaba, en qué ambiente, en qué sitio, y en qué mundo.

Fui tomando consciencia de mi cuerpo.

Una madre y un padre son, con todo, lo mejor que aquí pueda tenerse, y haya sido para compensarme o no, me fue dado el tenerlos, de manera que pude llegar a estar en condición mucho mejor que muchos otros vivos.

Sin embargo, me tomó más de cuarenta años llenar el cuerpo totalmente, asumirlo, lo cual me generó no pocos inconvenientes con el resto de la mayoría de los humanos...

Digo "con el resto de la mayoría de los humanos", y no "con el resto", pues en una ocasión (y sólo una), un ser humano me habló e hizo que me diera cuenta de que no era imposible hablar con personas que pensarán o sintieran igual que yo. La ocasión fue extremadamente rara y misteriosa, y por lo tanto difícil de olvidar, de modo que puedo referirla con detalle.

Sucedió en la Península de La Guajira, ancha y árida región del Noroeste de Venezuela y Noreste de Colombia, cuando me había dedicado varias semanas a la construcción de un horno de alfarería, en un poblado pequeño y recién fundado, donde apenas unas décadas atrás había existido un cementerio.

Un Wayúu (nombre que se da a los pobladores de La Guajira) que trabajaba conmigo pegando bloques y

nivelando pisos y paredes, se acercó adonde yo estaba (a la sombra de un raro arbusto local que había crecido más de la cuenta, justo después de haber almorzado abundantemente).

Livio, el Wayúu, se sentó al pie de un árbol cercano, y me dijo:

.- Cassapanay.

Yo estaba tan cansado, y en tal sopor por el alimento ingerido, que no le pregunté qué significaba esa expresión. Aún hoy me pregunto qué podrá significar dicha palabra.

El hecho es que el Wayúu no escuchó ni esperó una pregunta, y comenzó a hablar casi inmediatamente.

MONÓLOGO DE LIVIO

- Hola, ¿cómo estáis? Yo hablo solo por conversar con vos, y esto no me cabe la culpa. Lo hago por diversión y parsimienta, desahogo.

No creáis que es fácil esto.

Además, no sé decir gran cosa sobre mí, y a la vez mucho. Sí podréis saber quien soy pero aún no le encuentro la palabra, bueno, eso dicen. Yo sufro, me veis aquí y yo sufro, pero es que tampoco me estáis viendo, porque me veis aquí y yo no estoy aquí, porque estoy más adentro.

- ¿Por qué sufro? Bueno sufro cuando estoy escuchando a la gente hablar o a veces cuando estoy esperando que digan algo, eso es falso y es tortura ¿cómo puede decir? miráme vos y decíme si es verdad, porque no me estáis viendo.

- Ya de pequeño aprendí yo a hablar muy bien el español, así que no te estoy mintiendo.

- Muchas cosas lo pueden preocupar a uno: El trabajo, la lluvia, los muchachos, pero nada se compara

con esto. Esto es más importante y está adentro. ¿Cómo puede ser? no sé, es un misterio. Todo lo que dicen...

- Por ejemplo, te puedo decir: detrás de aquellas matas me salió una mujer. Sí, la de aquí, la aparición del monte, la que dicen que es horrible, es bien fea.

- Ella no me hizo nada, porque es igual a todos, nada qué decir, ya no me da miedo.

- Mirá, cuando abro los ojos y te veo soy el mismo de aquí, el que habla con vos todos los días, pero cuando cierro los ojos cambia la cosa. Estoy allí. Y ahí me pusieron y es (yo) como una piedrita dentro de una maraca. No me dejan salir. Estoy cansado de este engaño de las personas, y entonces quiero salir para dejarme caer adónde no conocen, en la forma que no saben, el lugar que no conocen. Reboto por dentro mío y veo todo ese tremendo vacío. ¿Veis? ¿Por qué? no sé. Muchas ganas de salir.

- Esto puedo pensar siempre. De obrero, durmiendo, como sea. Es independiente. Si cierro los ojos y te hablo, entonces son las dos cosas, soy yo hablándote y eso que está ahí. Parece un suiche, sí, eso es, parece un suiche, como el apagador de la luz. Cerrá los ojos pa' que viáis el suiche...je je je.

- Yo trabajo mucho, me llaman ignorante, me llaman indio, no importa. Porque lo mismo que yo te digo me lo decís a mí, lo que decís es nada y yo te digo nada. Da risa y no da risa. Yo sigo estudiando el español. Y ahora te puedo decir que yo me llamo instancia.

DESPERTAR

El calor del mediodía era tan bochornoso, y las extrañas palabras de Livio eran tan turbadoras, que me quedé dormido. Fueron apenas unos minutos, pero cuando desperté, el mejor de mis ayudantes ya no se encontraba por los alrededores.

Pregunté a los demás trabajadores y todos me dijeron que se había marchado, por una diligencia familiar. El más explícito de los muchachos me indicó que Livio les había dicho que se tenía que ir temprano, y que ya me había notificado. Pero más nunca volvió, ni volví a verlo.

Asumí todo el trabajo que antes le tocaba al experto albañil, y unas semanas después de terminar la obra, me retiré para siempre de aquél sitio. Muchas veces había tratado de dilucidar en las miradas y en la conducta de las personas, si alguien tenía pensamientos como los míos o los de Livio, pero todo cuanto logré percibir fueron vistazos extrañados por mi curiosidad. Deben recordarme como un ser humano extravagante, sin saber que la

inquisitiva actitud mía había sido generada precisamente por la extraña conducta de uno de ellos.

EPÍLOGO

Pero el misterio no está en los Wayúu, ni en otros "Indios", ni en otros "Pueblos" o como los quieran llamar.

Podría encontrarse en cualquier parte.

La inquietud no tiene nada que ver con el hecho de que existan personas que te entiendan o no, ni empeora con eso.

Yo cambié el oficio de constructor de hornos por el de labrador, pues aprendí que no hay ningún otro trabajo que pueda hacerse en la tierra.

Llevo una existencia apacible y normal con mi familia, y soy muy feliz, según todo lo que pueda comprenderse.

Tengo cincuenta años, y me he hecho del hábito terrestre de la oración.

Constantemente estoy rezando al creador.

Agradeciendo.

FIN

©Juan Carlos Vilorio Petit.

Maracaibo, Junio del 2005.